

cosa misma en que consiste; «porque el fin se toma en dos sentidos; uno por la cosa misma que deseamos conseguir, v. g., el dinero es el fin del avaro; en otro por la misma posesion y fruicion de esta cosa que se desea, como si decimos que la posesion del dinero es el fin del avaro: si se habla en el segundo sentido, el fin último del hombre es alguna cosa creada existente en él, que es la posesion y consecucion del bien, que es fin último... si se considera la felicidad del hombre por parte de su causa y objeto, es una cosa increada» Santo Tomás (1.^a 2.^o q. 3.^a a. 1.^o) Tambien puede ser la felicidad natural y sobrenatural.

De la Felicidad objetiva.—La determinacion del objeto en que consiste la felicidad, es importantísima para todas las ciencias morales y sociales; porque el destino humano es la base de la vida social, la regla capital, la clave y centro de atraccion, como el eje central sobre el cual giran las instituciones de la vida humana, y es en la marcha de la vida como la estrella polar al marino, porque es la razon última y suprema de todas las cosas. Sin la determinacion del fin último del hombre, éste viviría á merced de sus pasiones: «en ninguna cosa más se desvelaron los hombres, dice Fray Luis de Granada, que en inquirir cuál fuera el fin último ó Supremo bien, sin cuyo conocimiento no se puede dirigir ni enderezar por convenientes pasos y caminos la vida del hombre, pues nos consta que la

regla de los medios se ha de tomar del fin». (Introd. al Simb.)

Prueba tambien la importancia de este problema, el modo de obrar de las escuelas paganas, las cuales agitaron todas esta cuestion, por las íntimas relaciones que tiene con otras, como veremos; segun refiere San Agustin, Marco Varron contaba ya doscientas ochenta y ocho sectas acerca del objeto en que consiste la felicidad, pudiendo reducirlas á varios grupos, segun que la hacian consistir en los bienes del cuerpo, como Epicuro, ó en los del espíritu, como los Estóicos, ó en los de fortuna: los filósofos modernos, en sus diversas escuelas, separados del camino que á la razon trazara en esta cuestion fundamental el cristianismo, no han hecho más que ó reproducir las soluciones de las escuelas paganas, ó encerrarse en una duda horrible, sin poder dar solucion á este problema, como dice terminantemente Jouffroy (en sus Misceláneas filosóficas, 341): «Es una cosa apremiante el proveer á esta necesidad de nuevas creencias, que se deja sentir ya en las clases ilustradas; ¿cómo conseguir ésto? es evidente que solo hay un medio; este medio es plantear de nuevo el eterno problema del destino humano, y buscar la nueva solucion que aguarda, ¿cuál será esta solucion? *lo ignoro*»; ya veremos que más adelante confiesa, que un niño con un libro pequeño, el Catecismo, dá solucion á muchos problemas insolubles para los racionalistas.

El problema del destino humano, tiene íntimas relaciones con otros muy importantes; así las tiene con el de la espiritualidad del alma y su inmortalidad, la que no tendría objeto si no existiera para el hombre un fin supremo futuro; el problema del bien y del mal se halla en relacion necesaria con el fin último del hombre, pues nuestras acciones son y se dicen *buenas ó malas*, segun que se hallan ó no en armonía con el destino del hombre, segun que perfeccionan y completan nuestra naturaleza aproximándonos al bien, ó por el contrario, nos separan de ese bien, y repugnan á nuestra naturaleza; se roza igualmente con el Derecho natural del hombre en sociedad, pues no pueden determinarse los derechos y deberes respectivos de los individuos asociados, sin determinar de antemano el destino humano; porque el hombre tiene el derecho de hacer todo lo que sea necesario á la consecucion del destino y el deber de respetar ese derecho en los demás, y la determinacion de esos derechos y deberes, depende de la determinacion del fin último del hombre; se relaciona con el problema político, en cuya virtud es necesario, para garantir esos deberes y derechos, el poder público, el cual tiene, además, la mision de aumentar y multiplicar las fuerzas del individuo con las de sus semejantes, políticamente asociados, para así conseguir con más facilidad y seguridad el cumplimiento del destino final; y por tanto será mejor gobierno, el que de un modo más

perfecto y seguro consigue esos fines secundarios y acrecienta y dirige las fuerzas de todos al cumplimiento del fin último.

Las tiene tambien, íntimas, con la aspiracion constante del hombre al infinito, que se halla en el fondo de la conciencia humana, conforme con la creencia y esperanza de una vida futura, creencia arraigada en el corazon de todos los pueblos y generaciones; y á la vez nos revela el dualismo permanente que existe en el hombre á consecuencia de la caida original, dualismo que se manifiesta por la contrariedad de tendencias y aspiraciones, el cual ha sido un misterio para la filosofía pagana y racionalista, las que, negando el órden sobrenatural y la revelacion, no pueden dar solucion á tal enigma, ni conciliar las dos leyes que veía S. Pablo, la de la razon y la de la materia; ni descifrar el dicho de Ovidio por Medea, *video meliora, proboque, deteriora sequor*; y á la vez los filósofos, se ponen en abierta oposicion con las tradiciones de todos los pueblos, acerca de la edad de oro ó felicidad de la raza humana, su caida por la desobediencia y las promesas de un Mediador divino para conciliarla con Dios.

La razon humana, por sus fuerzas, no ha podido determinar el objeto en que consiste la felicidad, como claramente lo manifiestan las varias y contradictorias opiniones que acerca de este punto capital han existido en las escuelas paganas y racionalistas, afirmando unos, que consistía en la posesion de los bienes de fortuna;

otros, en los bienes del cuerpo; otros, en los del espíritu; otros, que en el completo desarrollo de las facultades humanas, y en el desenvolvimiento del contenido de su sér; y otros, por último, en el progreso continuo de la humanidad.

Contra todas estas afirmaciones sentamos la siguiente proposición:

«Ningun sér criado y finito puede constituir la felicidad suma del hombre.»

«Es imposible, dice Sto. Tomás, (1.^a 2.^ª q. 2.^a, art. 8, c.), que la felicidad del hombre se halle en algun bien criado, porque la felicidad, es el bien perfecto que llena totalmente el apetito ó deseo, pues de lo contrario, no sería último fin si quedara todavía alguna cosa que desear; el objeto de la voluntad, la cual es como el apetito humano, es el bien universal, así como el objeto del entendimiento es la verdad universal; de donde se infiere, que nada puede llenar la voluntad del hombre, sino el bien universal, bien que no se encuentra en ninguna cosa creada, sino en Dios solamente, porque toda criatura tiene una bondad participada; así, pues, solo Dios puede saciar la voluntad humana.»

«El último fin del hombre, dice en la Suma (contra gent. lib. 3, cap. 48), termina y llena todos sus deseos, de manera que una vez poseído, ninguna otra cosa desea, pues si aún deseara algo, ya no podría decirse que descansa en el último fin: es así que todo esto no puede verificarse en esta vida, porque durante ella cuanto más conoce y sabe, tanto más se

aumenta en él el deseo de saber..... luego es imposible que la última felicidad del hombre se realice en la vida presente»; la razón humana, sola, no ha averiguado aún, ni averiguará en claro, el objeto de la felicidad suma; solo por la revelación hemos aprendido el camino que á ella conduce.

Después de estos argumentos generales en favor de nuestra tésis, descenderemos á demostrar que no puede consistir la felicidad en la diversa clase de bienes creados.

PRIMERO. No consiste en los bienes del cuerpo, como son la salud, la robustez, la fuerza, la hermosura y otros, porque además de ser bienes frágiles, y no depender de nuestra voluntad su conservación, son comunes á los buenos y á los malos: por otra parte, es más perfecta el alma que el cuerpo, pues aquella es inmortal, vive por sí misma, entiende y quiere, mientras que éste es mortal, y vive por el alma; por cuya razón, los bienes espirituales son más perfectos y de un orden superior á los del cuerpo, que perecen con éste.

Además, los bienes del cuerpo, son comunes con los demás animales, y aun algunos tienen en grado más preferente la fuerza, la agilidad y la robustez; y la felicidad es propia y exclusiva del hombre (Santo Tomás, contra gent. libro 3, capítulo 32).

Por consiguiente, la felicidad no puede consistir en esta clase de bienes, porque la felicidad es para el hombre *todo*, ó sea para el compuesto

humano, especialmente para el alma, que ha de tener sabiduría en la inteligencia, y moralidad en el corazón para ser feliz.

SEGUNDO. No puede consistir en el goce de los sentidos, porque el fin es más noble que lo ordenado al fin; es así que á este está ordenado el hombre *todo*, especialmente la inteligencia y la voluntad, superiores á los sentidos, luego no puede consistir la felicidad en su parte inferior; de lo contrario, sería tanto más honesto el hombre, cuanto más gozaran los sentidos y el cuerpo, pues los actos humanos toman la moralidad del fin; y si este fuera el placer y goce de los sentidos, la moralidad estaría en razón directa de este placer, contra el común sentir del género humano, que afirma que los goces de los sentidos no son ordinariamente buenos en sí mismos, sino en cuanto se ordenan á un fin debido, y frecuentemente son vicios que causan graves perjuicios á la salud y tranquilidad del alma, á la que entorpecen; luego no se apetecen por sí mismos, como se apetece el bien sumo, sino como medios: además, el goce y placer de los sentidos, no es la causa de la felicidad, sino un efecto, una consecuencia natural de la posesión de un bien cualquiera; y aunque fuera del sumo bien, no consiste en esta posesión la felicidad objetiva, que es de la que tratamos.

Finalmente, el objeto de la felicidad y el sujeto que la apetece, han de ser entes distintos, y el primero conservativo y perfectivo del segundo, para que tenga razón de fin respecto

de éste, y de un orden superior al perfeccionado y conservado; es así que el placer de los sentidos no es perfectivo de *todo* el hombre, ni superior á este, luego no puede constituir el objeto de la felicidad humana, superior á *todo* el hombre y perfectiva de éste; luego es falsa la doctrina de los materialistas y sensualistas, que hacen consistir la felicidad en la parte inferior del hombre.

TERCERO: Los bienes de fortuna, las riquezas, los honores, la gloria, el poder, no pueden constituir el objeto de la felicidad: 1.º Porque estos bienes no tienen los caracteres y condiciones de la felicidad suma, ni se conforman con su noción y concepto, pues se deben apetecer como *medio*, y no como *fin*; las riquezas, como *medio* de adquirir otras cosas que necesitamos; la gloria, como *medio* de distinguirnos de los demás en virtud de hechos notables; el poder y el mando, se ordenan al bien de los subordinados, *medio* de conseguir otro bien superior; luego no tienen, por su propia naturaleza, razón de fin último, sino de *medios* más ó menos próximos. 2.º La felicidad, sábia, llena y aquieta adecuadamente nuestra alma; los bienes de fortuna, además de ser muy frágiles, están llenos de cargas, disgustos é inquietudes, que hacen ahuyentar de sus poseedores la tranquilidad y descanso del espíritu, condición necesaria de la felicidad humana, pues muchos que poseen *algunos* de éstos bienes, como enseñan la historia y la experiencia, son malos y